

**BREVE HISTORIA DE
ALEJANDRO MAGNO**

BREVE HISTORIA DE ALEJANDRO MAGNO

Charles E. Mercer



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Alejandro Magno
Título original: The ways of Alexander the Great
Autor: © Charles E. Mercer
Traducción: Sandra Suárez Sánchez de León para Grupo ROS.

Edición original en lengua inglesa:
© 2004 American Heritage Inc.

Edición en el idioma español:
© 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia R.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-851-7
Fecha de edición: Noviembre 2009

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal:

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo 1: La primera misión	27
Capítulo 2: Un aspirante a rey	39
Capítulo 3: General del ejército.....	49
Capítulo 4: La marcha sobre Asia.....	65
Capítulo 5: Por tierra y por mar	89
Capítulo 6: Alejandro, el dios	101

Capítulo 7:	
La persecución de Darío	113
Capítulo 8:	
El nuevo Gran Rey	135
Capítulo 9:	
Otro mundo que conquistar	151
Capítulo 10:	
La muerte del hombre	163
Bibliografía.....	187

Prólogo

Alejandro Magno fue, sin duda, el hombre más influyente del mundo antiguo. Sus innegables dotes para el mando y su brillante carisma personal le condujeron en compañía de su ejército a la consumación de una gesta propia de los héroes mitológicos de los que tanto aprendió gracias a su mentor Aristóteles.

En un periodo de apenas once años conquistó 3.885.000 kilómetros cuadrados, si bien ese inmenso imperio resultó tan efímero como la vida del que lo forjó.

En la primavera del año 334 a.C., el ejército macedonio inició la ofensiva sobre Persia. El objetivo esencial se centraba en la recuperación de las antiguas colonias establecidas en Anatolia. Ciudades como Mileto, Efeso o Halicarnaso sufrían los rigores de la ocupación persa; no olvidemos que los griegos mantenían el viejo sueño de infringir una humillación al ancestral enemigo oriental desde los tiempos lejanos de las

guerras médicas acontecidas un siglo y medio antes. En esas contiendas el imperio persa estuvo a un paso de anexionarse toda Grecia y eso no lo olvidaban los orgullosos griegos, quienes ahora, por fin, bajo el mando de Alejandro Magno se encontraban en condiciones de devolver el golpe.

El ejército macedonio estaba integrado por unos 35.000 efectivos de los que 30.000 eran infantes, mientras que otros 5.000 conformaban la caballería. Eran tropas bien entrenadas y con una disciplina inusual para su época. En pocos días cubrieron los casi 500 kilómetros que les separaba de Helesponto, en los Dardanelos, y desde allí saltaron al continente asiático sin ser molestados por el asombrado ejército persa. Una vez puesto pie en tierra, Alejandro Magno clavó su lanza en el suelo exigiendo la propiedad de aquel Imperio.

Por su parte Darío III había menospreciado la empresa griega y, desatendiendo los consejos de sus generales, dejó pasar a los macedonios confiado en su potente maquinaria bélica con la que pensaba borrar de un leve soplido la insolencia de ese jovencuelo casi desconocido por entonces.

Las falanges macedonias pronto se hicieron notar con acciones eficaces que derrotaron sin apenas esfuerzo a los ejércitos locales pésimamente dirigidos por los sátrapas persas; en todo caso, la diversión no satisfacía al valiente Alejandro quien buscaba decididamente el choque frontal con el inmenso ejército enemigo.

En estos primeros meses de campaña sucedieron algunas situaciones dignas de ser contadas; por ejemplo, cuando nuestro protagonista

viajó a la emblemática Troya, ciudad ampliamente difundida en los poemas homéricos que con tanto amor Alejandro había devorado desde niño a instancias de su maestro Aristóteles. Una vez llegado a ese lugar ofreció sacrificios y rindió honores en la tumba del guerrero Aquiles —del que se creía descendiente directo—. Cuentan que un emocionado Alejandro se desprendió de su escudo de combate para tomar otro proveniente de la legendaria guerra troyana; después de esto, dicen que se sintió fuerte para conquistar el mundo.

También es digna de reseña la famosa anécdota del *nudo gordiano*. Gordión era la capital del reino de Frigia. Su nombre provenía de un mítico rey, quien pasó de carretero a monarca por una carambola del destino. En la ciudad quedaba, como recuerdo imperecedero de su fundador, un carro en el que se podía contemplar el nudo más enmarañado de la tierra. Bajo él se leía en una inscripción que aquél que lograra desenredarlo dominaría Asia. Durante decenios fueron muchos los que intentaron resolver el problema; sin embargo, nadie consiguió el ambicioso propósito hasta que, por fin, un buen día llegó el contingente macedonio con su rey Alejandro en la vanguardia. Pronto, la curiosa historia fue conocida por el Magno quien, deseoso de obtener buenos augurios para su campaña, se acercó al lugar de la profecía; una vez allí miró con detenimiento el imposible nudo de cuerdas, desmontó y con paso firme se aproximó al centro del enigma. Sin dudar, desenvainó su espada con la que dio un certero golpe que cortó de un tajo el nudo dejando la incógnita resuelta. La contundente acción del Magno provocó la sonrisa entre sus generales a los que



Alejandro corta el nudo gordiano, por Jean-Simon Berthélemy (Escuela de Bellas Artes, París).

dijo: “poco importa la forma de resolverlo; cierto es que yo dominaré Asia”.

Mientras esto sucedía Darío III empezaba a tomar en serio la amenaza macedonia; sus tropas habían sido aplastadas en la batalla del río Gránico lo que originó que el propio emperador asumiera personalmente las riendas de aquél incómodo asunto.

En el año 333 a.C., se movilizaba uno de los ejércitos más impresionantes de toda la historia antigua. El objetivo no era otro sino detener la invasión protagonizada por los macedonios. Es difícil establecer valoraciones precisas sobre las dimensiones del ejército persa, por tanto, me veo obligado a fijar una horquilla que iría desde los 200.000 efectivos al millón que aseguran las crónicas más optimistas.

Darío III eligió para el combate contra Alejandro un lugar sito en la frontera sirio-turca junto al río Issos. El mismo emperador dirigió la

enorme mole guerrera en la confianza de ver derrotado al desafiante rey Alejandro de Macedonia.

En noviembre de ese mismo año las dos formaciones se encontraron, dando paso a un combate breve pero descomunal que acabó con la derrota total de los persas.

La inferioridad numérica macedonia fue suplida con creces gracias a la estrategia envolvente desarrollada por el líder heleno. En efecto, los flancos griegos superaron el cuerpo principal del ejército persa sometiéndolo a una agobiante presión que desembocó en desbandada general, incluido el propio Darío III, quien escapó de forma cobarde dejando abandonada a su familia con un tesoro real de 3.000 talentos de oro de los que se apropió un Alejandro extrañado por la poca resistencia ofrecida en Isso por su enemigo. Los persas sufrieron unas 100.000 bajas frente a unos pocos cientos de macedonios.

El botín apresado en Isso superaba cualquier expectativa por parte macedonia: no solo se capturaba buena parte de la maquinaria bélica persa sino también magras riquezas y la propia familia real, incluidas hijas, esposas y madre de Darío III. El trato otorgado a estas últimas fue exquisito, hasta tal punto que, desde entonces, las féminas abandonadas por el emperador acompañaron al rey macedonio en todas sus expediciones.

Tras el desastre de Isso, los persas se replegaron en el afán de reorganizarse dispuestos a devolver el golpe sufrido a manos griegas. Alejandro sabía que su enemigo seguía siendo muy poderoso; si pretendía dominarlo no podía concederle ni un solo respiro. Con ese fin optó por la medida más inteligente: ocupar las diversas posesiones mediterráneas que daban fortaleza al

imperio oriental. Los nuevos objetivos pasaban por un rápido avance sobre Fenicia y Egipto. Si se conseguía la anexión de estos vitales territorios, las tropas de Darío III quedarían sin salida al mar y, en consecuencia, a merced de las falanges griegas.

Alejandro Magno ordenó el asedio y conquista de Tiro, la antigua capital de Fenicia y principal puerto del imperio persa. La plaza se levantaba sobre un islote separado de la costa por unos 800 metros de distancia; esta forma fenicia de construir sus ciudades en islas cercanas al litoral obedecía a una incuestionable estrategia defensiva, dejando que el mar sirviera de foso protector ante cualquier ataque hostil.

Alejandro, carente de una flota de combate, volvió a lucir su talento una vez más ordenando la construcción de una rampa de piedras y arena que condujera hasta Tiro. En la laboriosa obra se emplearon no solo los combatientes griegos sino también miles de lugareños dispuestos a echar una mano en la expulsión de aquellas tierras de los odiados dominadores persas. Los tirios no estaban dispuestos a entregarse sin lucha. Durante los siete meses que duró el asedio lanzaron contraataques desesperados intentando evitar el avance de la calzada macedonia. Todo resultó infructuoso ante la tenacidad de las huestes alejandrinas: barcos flamígeros, nubes de flechas o arenas incandescentes no pudieron parar el empuje griego. Cuando el improvisado muelle tocó las murallas de Tiro, Alejandro ordenó un asalto en toda regla; él mismo encabezó el ataque siendo de los primeros en saltar sobre las defensas de la agónica ciudad que tardó muy poco en caer, siendo entonces sometida a la ruina y

destrucción con la mayoría de sus habitantes pasados a cuchillo por los atacantes macedonios.

Tras la sanguinaria ocupación de Tiro, Alejandro dirigió sus tropas hacia el sur donde se encontraba el esplendoroso Egipto. Sin embargo, en esta ocasión, apenas se produjo una mínima resistencia armada, dado que los egipcios no deseaban seguir bajo el yugo persa y esto propició que el ejército macedonio fuera recibido como liberador y su líder Alejandro considerado hijo de los dioses. De esta manera nuestro protagonista entraba de forma triunfal en aquel país referencia del mundo antiguo. Una de las primeras medidas adoptadas por el genio griego fue la de respetar costumbres y religión de los egipcios, lo que le granjeó innumerables adhesiones en un tiempo que el propio Alejandro describió como el más feliz de su vida. Viajó a Menfis, capital religiosa de Egipto, donde se postró ante la figura de Amón. Esta circunstancia animó a los sacerdotes a proclamarle descendiente de la poderosa deidad egipcia. En esos meses se trasladó a varios lugares emblemáticos del país del Nilo, entre ellos Siwa, santuario sito cerca de la frontera de la actual Libia, donde Alejandro Magno fue nombrado faraón de Egipto. La suntuosa ceremonia y el amor demostrado por los egipcios conmovió de tal manera al rey griego que ordenó la construcción de varias obras que inmortalizaran su estancia en aquel lugar tan luminoso. Surgió Alejandría, cerca de la desembocadura del Nilo, ciudad magnífica llamada a ser capital del Mediterráneo y depositaria del mayor legado cultural del mundo conocido gracias a la ensoñadora biblioteca donde se albergaron más de 700.000 rollos escritos, el equivalente a unos 100.000 libros de nuestros días. También se levantó, por

orden de Alejandro, una imponente torre de señales marítimas en una isla llamada Faros, de la que posteriormente tomarían el nombre las futuras edificaciones que con idéntico propósito se fueron creando.

La placentera vida egipcia no distrajo, sin embargo, la atención de Alejandro Magno sobre su principal reto conquistador en Oriente iniciando los preparativos guerreros que le condujeran con garantías hacia el norte, donde le esperaba Darío III quien, por fin, había conseguido organizar un nuevo ejército aguardando la batalla definitiva contra los griegos.

En el año 331 a.C., llegó el ansiado acontecimiento cuando las dos formaciones bélicas se encontraron en Gaugamela, lugar enclavado en las cercanías del río Tigris a unos 55 km de la importante ciudad de Arbela y muy próximo a las ruinas de Nínive. En ese lugar los persas situaron unos 100.000 infantes y 34.000 jinetes que en total triplicaban al ejército dirigido por Alejandro Magno quien contaba con 40.000 infantes y 7.000 de caballería. Además de la superioridad numérica los persas disponían de 200 carros de combate guadañados y 15 elefantes de guerra, si bien estos últimos no participaron en la posterior acción.

El 1 de octubre los dos ejércitos chocaron violentamente. Una vez más, la disciplina y tenacidad macedonias obtuvieron una brillante victoria sobre las tropas persas. La inteligencia de Alejandro brilló ese día con fulgor inusitado intuyendo todos los movimientos del enemigo y participando con presteza siempre que era necesario en los escenarios principales de la batalla. La estrategia y táctica desarrollada por el Magno desarbolaron cualquier espíritu combativo de los

mejores generales del imperio persa quienes, tras ver como Darío III huía nuevamente del campo de batalla, abandonaron la lucha perdiendo miles de efectivos, todos los carros y la poca moral que quedaba en las filas de aquel maltrecho y desangelado ejército.

Después de la victoria de Gaugamela a los macedonios no les quedó más que ir tomando, una tras otra, las principales ciudades persas. De esa manera Babilonia, Persépolis, Susa y otras se rindieron ante el empuje griego. Alejandro Magno era aceptado como nuevo dueño y señor de Oriente mientras seguía persiguiendo al escurrizado Darío III quien no tuvo mucha suerte, ya que fue asesinado en el año 330 a.C. por una conjura de sus generales a los que Alejandro cazó sin miramientos, a fin de evitar posibles candidatos al trono imperial. Finalizada la tarea, toda Persia se doblegaba rindiendo tributo al hombre más poderoso de la Tierra. Tenía veintiséis años y todavía ambicionaba conquistar lo que quedaba del mundo conocido.

Tras la muerte de Darío III y sus conjurados asesinos, el camino quedaba expedito para el triunfal Alejandro. No obstante, este seguía siendo, de alguna manera, aquel muchacho rebelde e ingenioso que abandonara Macedonia pocos años atrás. Sus hombres le seguían con fe ciega y casi fanática; razones no les faltaban, ya que nuestro héroe sabía utilizar con astucia extrema todas las dotes del buen comandante militar. Se entrenaba, luchaba, comía y bebía al lado de sus guerreros, estos le identificaban como uno de los suyos y eso, sin duda, facilitaba enormemente las cosas en ese tiempo de incertidumbres. Bien es cierto que si el macedonio estaba lleno de virtudes, también ofrecía algunos defectos. Por

ejemplo, el sentirse un elegido de los dioses. Este pequeño detalle le empujaba con frecuencia a cometer algunas tropelías sobre sus soldados incluyendo a los mejores generales del ejército. Hay episodios donde nos encontramos con un Magno que actúa como brazo ejecutor de los disconformes a su causa. Nada, ni nadie se movía en las filas macedonias sin el conocimiento de su jefe; lo contrario podía suponer la pena capital para los infractores.

Alejandro era también un consumado bebedor. Gustaba de largas tertulias al calor de la hoguera donde, además de narraciones bélicas, se ingería con alegría buena parte de la cosecha anual. En ese sentido, el rey griego era, como en otras cosas, el campeón indiscutible.

La conquista de Persia supuso solo el primer paso de la empresa diseñada por Alejandro Magno. Su visión de futuro sobre los fines que se debían concretar en aquella expedición provocó la inclusión de ilustres expertos en todas las ramas del saber. En consecuencia, naturalistas, topógrafos, cronistas... acompañaron al ejército macedonio desde el primer día hasta el último en un afán sin precedentes por conocer todo lo que se iba incorporando al imperio macedónico. No faltaban escritores como Ptolomeo, militar y biógrafo personal de Alejandro, que más tarde recibiría Egipto en premio a su lealtad.

Desde el año 330 a.C. hasta su muerte, las expediciones dirigidas por Alejandro Magno recorrieron más de 40.000 kilómetros buscando los confines del planeta.

Durante años, el ejército griego y sus aliados ocasionales transitaron por buena parte del Asia central. Ya no eran los apenas 35.000 hom-

bres que habían partido desde Macedonia años antes, ahora, gracias al apoyo de los nuevos súbditos constituían un contingente que superaba con creces los 200.000 efectivos; aun así, la rapidez con la que se movían seguía asombrando a todos ya que eran capaces de marchar casi 60 km cada jornada sin proferir lamento alguno; bien es cierto que la actitud del indolente Alejandro no lo hubiese permitido. En ese sentido, el líder griego detestaba cualquier signo que denotara falta de lealtad a su figura. Fueron muchos los que sufrieron su rigor, incluidos generales de absoluta confianza como Parmenio quien en compañía de sus hijos fue ajusticiado por encabezar una presunta conjura contra Alejandro. Y es que en aquella campaña no todo fueron mieles triunfalistas; también se produjeron episodios de insubordinación a consecuencia de años prolongados cuajados de cansancio, penalidades y situaciones apuradas. Solo la disciplina, determinación y visión de futuro del carismático líder pudieron mantener cohesionada aquella tropa elegida para la gloria.

Entre los años 330 y 327 a.C., los macedonios atravesaron los paisajes más dispares contactando con multitud de personas que les acogían de forma desigual. En ocasiones eran aclamados como libertadores mientras en otras eran recibidos con hostilidad; en esas circunstancias la guerra era inevitable dando paso a lo más crudo de la condición humana. En efecto, los combates se multiplicaron en este periodo pero siempre acabaron en victoria griega, lo que fomentó aún más, si cabe, la leyenda del Magno, todo a fin de consumir la gesta más importante de la historia antigua con Alejandro y sus hombres asumiendo el papel protagonista de aquella

magnífica epopeya. De ese modo la expedición superó, no sin esfuerzo, los elevados pasos de la cordillera del Hindu Kush. Recorrieron más tarde las llanuras y montañas de Uzbekistán, Turkmenistán y Afganistán, vadeando ríos como el Oxus con la oportuna ayuda de sus tiendas de campaña rellenas de paja a modo de flotadores. Navegaron las aguas del Indo donde descubrieron cocodrilos. El hallazgo de los reptiles les hizo pensar erróneamente en una posible conexión de este río con el Nilo. Siguiendo el curso del Indo se toparon con las hasta entonces desconocidas mareas oceánicas, asunto que desconcertó a unos griegos acostumbrados a las débiles mareas mediterráneas.

La presencia macedonia en el territorio de la actual India suponía haber llegado a las fronteras de lo desconocido, empero una nueva contingencia se ofrecía ante ellos.

En el año 327 a.C., los griegos libraron su última gran batalla en el río Hidaspes frente al inmenso ejército del rey Poros. Este había reunido 250.000 hombres con 200 elefantes de guerra que poco pudieron hacer ante la eficacia griega. No obstante, el vasallaje ofrecido por el monarca indio fue suficiente para que Alejandro no solo perdonara su vida sino que también le permitiera seguir como amigo al frente de su reino.

Alejandro Magno tocaba el cielo, su imperio abarcaba 3.885.000 km², nadie había conseguido tanto jamás. Sin embargo, la excitación del griego le animaba a proseguir su imparable avance hacia el fin del mundo. ¿Qué habría más allá?. En contraposición, sus soldados a esas alturas se mostraban agotados de tanta aventura y trasiego. En ellos habían hecho mella innume-

rables batallas y enfermedades y tan solo deseaban regresar a Grecia para disfrutar de las riquezas obtenidas. En esos momentos la helenización de Asia era un hecho consumado: las dos culturas entremezclaban sus tejidos en una conjunción sin precedentes. Alejandro se orientalizaba vistiendo ropajes locales y respetando costumbres y deidades de las zonas que iba conquistando. Por su parte las ciudades asiáticas adoptaban numerosas directrices griegas en cuanto a legislación, comercio, arquitectura... En un gesto claro de fusión étnica, miles de macedonios se casaron en una suerte de bodas multitudinarias efectuadas con el propósito de unir impercederamente los dos mundos.

Tras haber conquistado todo lo imaginable las tropas macedonias se plantaron ante su jefe; este comprendió que la resistencia de sus hombres había llegado al límite y que el derrochador esfuerzo no daba para más. Con semblante serio ordenó el regreso a Babilonia, ciudad que Alejandro pretendía convertir en capital de su Imperio. En cuanto a las ciudades fundadas por Alejandro Magno, es difícil precisar el número de las mismas pero se podría afirmar que estarían entre las 70 y las 100 incluyendo unas 30 Alejandrías y una dedicada a su querido caballo Bucéfalo muerto en plena aventura.

La vuelta de Alejandro a Babilonia se puede considerar penosa y llena de calamidades; se perdieron dos tercios de su ejército. Sin embargo, eso no empaña el brillo de la epopeya adornado por marchas heroicas y célebres singladuras marítimas de su almirante Nearcos quien descubrió perplejo, por primera vez entre los griegos, a unas moles vivientes llamadas ballenas.

CHARLES E. MERCER



Relieve de Alejandro Magno ante Amón-Ra,
en el templo de Luxor. Después de la muerte de Alejandro,
el vasto Imperio se dividió entre los macedonios notables.
Así Egipto fue entregado a Ptolomeo, quien fundó una
dinastía vigente durante los tres siglos posteriores.

En el año 323 a.C., Alejandro Magno preparaba la invasión y colonización de Arabia cuando una repentina enfermedad, acaso malaria, acabó con su vida el 10 de junio. Tenía treinta y dos años y el mundo a sus pies. Cuentan que postrado en el lecho mortuorio recibió la visita de sus generales quienes, preocupados por el futuro del imperio, le preguntaron sobre el reparto de su presunto patrimonio. Alejandro con sonrisa lánguida les dijo: “Todo mi tesoro se encuentra repartido en las bolsas de mis amigos”. Finalmente, acertó a pronunciar una frase que sembró el desconcierto entre sus hombres “Dejo mi imperio al más digno, pero me parece que mis funerales serán sangrientos”. Lo cierto es que el rey no dejó dicho quién era el más digno, por tanto la distribución de la herencia territorial planteó algunos problemas entre los notables macedonios los cuales, a fin de evitar males mayores, resolvieron desmembrar lo conseguido por Alejandro en tres grandes zonas: Macedonia y Grecia quedaban bajo el dominio de Antípatros y Persia fue asignada a Seleuco, mientras que Egipto era entregado a Ptolomeo, quien fundó una dinastía vigente durante los tres siglos posteriores.

La muerte de Alejandro llenó de dolor a todos sus súbditos, incluida la madre de Darío III quien, en un sentido gesto de homenaje, se quitó la vida para rendir honores a la figura de aquél al que tanto quiso. Pero todavía faltaba cumplimentar el último capítulo del Magno, su entierro.

A lo largo de dos años sus compañeros se empeñaron en construir un mausoleo de dimensiones casi bíblicas; todo parecía insuficiente a la hora de rendir tributo a uno de los personajes más amados e idolatrados de la Historia. En ese

tiempo se emplearon ingentes recursos económicos hasta que, por fin, la obra quedó terminada; el resultado no podía ser mejor: el sarcófago era de oro macizo mostrando la figura en relieve del Magno. En el palio de púrpura bordada estaban expuestos el casco, la armadura y las armas de Alejandro. El conjunto era dominado en sus extremos por columnas jónicas de oro y a los lados quedaban representadas diferentes escenas en la vida de Alejandro. El impresionante mausoleo, una vez terminado, fue transportado desde Babilonia hasta Alejandría por 64 mulas que completaron un recorrido de 1.500 km a través de Asia.

Mucho se ha elucubrado sobre la ubicación definitiva de la tumba alejandrina; unos afirman que se encuentra en el santuario de Siwa, lugar donde fuera elegido faraón de Egipto; otros aseguran que el líder macedonio fue enterrado en un enclave secreto de Alejandría. Mi único deseo es que la tumba de Alejandro Magno, como la de otros grandes, no sea encontrada jamás; de esa forma su leyenda seguirá aumentando por los siglos de los siglos.

Si tuviera que escoger un momento en la vida de este héroe no recurriría a las escenas grandilocuentes ni populares, prefiero ofrecer uno de esos instantes cumbre que definen la personalidad de los grandes talentos. Cuentan que Alejandro se encontraba relajado conversando con sus hombres cuando, de repente, cayó la noche cubriéndose el cielo con un manto de estrellas. Todos miraron fijamente al firmamento exclamando uno de sus soldados que quizá en esas estrellas se encontraran otros mundos. Alejandro, en ese momento comenzó a llorar diciendo: “¡Y pensar que yo no he conseguido conquistar siquiera este que habitamos!”. Tenía treinta y

dos años y había explorado o conquistado casi 4.000.000 de km², sus dominios se extendían por los actuales países de Grecia, Bulgaria, Turquía, Irán, Iraq, Líbano, Siria, Israel, Jordania, Uzbekistán, Turkmenistán, norte de la India, Afganistán, Paquistán Occidental, Libia y, por supuesto, Egipto. No está nada mal para el mejor comandante militar de la historia por encima de Aníbal, Julio César, Gengis Khan o Napoleón Bonaparte. Alejandro Magno fue, sin duda, un auténtico explorador de lo infinito.

En esta magnífica obra del periodista y escritor Charles E. Mercer, el lector podrá descubrir los rasgos esenciales de este rey macedonio, su aptitud para el combate, sus dotes para el gobierno y su carisma ante el ejército que le siguió durante tantos años. Un libro imprescindible para comprender, en pocas horas, el calado universal de este líder sin parangón. Cabalguemos pues como compañeros de Alejandro en un fantástico y legendario viaje por el mundo antiguo. Créanme que no saldrán defraudados tras haber participado de tan magna empresa.

Juan Antonio Cebrián

1

La primera misión

En el verano de 338 a.C., el rey Filipo II de Macedonia condujo a su enorme ejército hasta el corazón de la vecina Grecia. Desde el momento de convertirse en rey, Filipo se había dedicado a expandir sus dominios, dominando una por una las ciudades-estado griegas. La práctica totalidad de Grecia era suya en aquel tiempo; Atenas y Tebas eran las ciudades más vulnerables que todavía permanecían fuera de su alcance, pero estaba seguro de que también acabarían rindiéndose. Tenía buenas razones para sentirse confiado: era el monarca más poderoso de la península balcánica y sus soldados formaban el ejército más fiero y mejor entrenado que nunca había existido. Había convertido a una horda de indisciplinados labriegos macedonios (agricultores y ganaderos) en una máquina de luchar brillantemente coordinada.

En una polvorienta llanura cerca de la ciudad de Queronea, en la Grecia central, dio el alto

a sus soldados. Era en aquel lugar donde lucharía su batalla más importante, junto con sus aliados de la cercana Tesalia, contra los ejércitos de Atenas y de Tebas. Cuando llegó la noche, el campo macedonio vivía una clamorosa actividad a medida que los hombres se preparaban para la batalla. Por encima de los relinchos de los caballos y de los ásperos gritos de mando se elevaba un extraño y persistente gorgojeo, como de un millar de grillos; era el ruido de las hojas y los filos de las espadas y de las lanzas al ser afiladas. Los hombres durmieron, pero solo durante un breve intervalo ya que fueron despertados mucho antes del amanecer. Rezaron a sus dioses, tragaron agua para remojar su ración diaria de pan y se colocaron en sus posiciones para la batalla.

Esa mañana, probablemente ninguno de los soldados mostraba un aspecto más fiero que el mismo rey al montar a su caballo y dirigirlo a la derecha de las filas macedonias. Pocos soportaban tantas cicatrices de guerra como Filipo. Una de estas heridas fue la que le dejó cojo, la clavícula rota todavía le molestaba y le habían sacado uno de sus ojos de su cuenca. Sin embargo, todavía conservaba una pierna en perfectas condiciones y con su único ojo bueno se esforzaba por ver al ejército que había entrenado a través de la remitente oscuridad. Contando a sus aliados de Tesalia, hacían un total de treinta mil soldados de infantería y de veinte mil de caballería. La fuerza enemiga era mayor en un número de, aproximadamente, cinco mil hombres.

Cuando la luz comenzó a alumbrar el cielo detrás de las colinas rocosas, los macedonios avistaron tropas enemigas desplegadas en un frente de kilómetro y medio de ancho. Los ate-

nienses se encontraban enfrente del ala derecha de los macedonios y los tebanos estaban situados a la izquierda. Entonces, cuando la salida del sol inundó la llanura con su brillo, un impresionante grito surgió de los atenienses que se encontraban del lado de Filipo y estos avanzaron con sus lanzas en posición. Para su sorpresa, Filipo ordenó a su ala derecha que se retirara y el avance ateniense, que era cada vez más rápido, se convirtió en una avalancha en toda regla.

De repente, el ala izquierda de los macedonios pasó a la acción. Al mando se encontraba un rubicundo joven que montaba un semental negro. Fuerte y muy guapo, era Alejandro, el hijo de Filipo, que acababa de cumplir los dieciocho años.

Rugiendo como salvajes, los hombres de Alejandro cargaron. El encuentro con el ala de los tebanos, que estaba esperándolos, debió producir un sonido como de una gran puerta de acero que se cierra con un portazo. Las lanzas chirriaban en los escudos mientras los tebanos se obstinaban en mantener su alineación. Entonces, los macedonios sacaron sus espadas cortas y avanzaron a golpes entre las líneas de los tebanos. Alejandro cabalgó con ellos, inclinándose para atacar desde su caballo Bucéfalo, con su espada brillando y golpeando sin descanso. Sus compañeros, unos selectos caballeros macedonios, trataban de proteger a su joven príncipe de los soldados que se arrojaban sobre él. Pero era inútil: la batalla solo significaba para Alejandro, incluso a esa edad, un combate personal cuerpo a cuerpo.

Bajo la presión de la carga de Alejandro, la línea tebana retrocedió y comenzó a deshacerse. Cuando finalmente la línea se quebró, Alejandro

empujó a sus tropas hacia el centro. Mientras tanto, Filipo había conducido a los atenienses de la derecha a una trampa en una hondura del suelo. Dando un giro, el ala de Filipo se introdujo a través de la extensa línea enemiga para colocarse en el centro de la misma. Allí, la afamada Banda Sagrada de Tebas, guerreros que habían jurado morir antes que rendirse, todavía luchaban con valentía.

Ni siquiera el más fuerte acero de Tebas pudo resistir los golpes de martillo de Alejandro por la izquierda y de Filipo por la derecha. Cada uno de los trescientos miembros de la Sagrada Banda murió luchando. Y todos sus aliados griegos, que habían desarrollado la batalla en el centro, fueron aniquilados.

Esta fue una victoria decisiva ya que elevó a Filipo a señor de todas las ciudades-estado griegas. La conquista de los atenienses fue particularmente importante ya que Atenas se consideraba el centro cultural del mundo. Filipo intentaría ahora atraer a los artistas y escolares atenienses hacia la ignorante Macedonia, ya que deseaba que su tierra natal tuviera relevancia dentro de su imperio. Convirtió en esclavos a todos los prisioneros tebanos, pero mantuvo en cautividad a los atenienses. Necesitaba contar con la buena voluntad de los ciudadanos y con el respaldo de su flota que constituía el mayor poder naval de Grecia. Así, en vez de marchar sobre Atenas con su victorioso ejército, saqueando la ciudad y causando destrozos, envió allí a sus emisarios encabezados por uno de sus generales más capaces y por su hijo Alejandro.

En el momento en que el joven cabalgó hacia el sur desde aquel campo de batalla en aquel día de verano del año 338, comenzó lo que iba a

ser el más largo viaje dentro de la historia. Atenas fue solo la primera parada; pronto buscaría horizontes más lejanos y llegaría a dominar todo el mundo conocido.

A lo largo de los siglos, Alejandro, al cual se conoce como Alejandro Magno, ha sido uno de los personajes históricos más fascinantes y controvertidos. Su vida ha sido contada y recontada, pero el verdadero carácter del hombre continúa siendo un misterio. Sus contemporáneos publicaron decenas de trabajos sobre él representándolo desde diferentes puntos de vista. Hoy en día solo conservamos fragmentos de estos trabajos pero en el siglo I a.C. estaban disponibles en su totalidad para sus contemporáneos y sirvieron de base para los libros de cinco soberbios historiadores que escribieron durante los tres primeros siglos después de Cristo. Es a estos cinco hombres a los que debemos todo nuestro conocimiento sobre Alejandro: Plutarco, Arriano, Diodoro, Curtius y Justino.

La historia de Alejandro, como debería ser contada, comienza con Filipo, su padre, y con su madre, Olimpia. Filipo era un guerrero vocacional, un hombre práctico con grandes talentos militares y administrativos que combinaba con los apetitos lujuriosos y las pasiones heredadas de sus antepasados macedonios. La reina Olimpia era la hija huérfana del gobernante del montañoso reino de Epiro, que se hallaba cerca de la frontera de la actual Albania. Sin embargo, ella sostenía que era descendiente de Aquiles, el guerrero griego, y veneraba a Dionisio, hijo de Zeus.

Su belleza fue lo que atrajo a Filipo cuando la convirtió en su reina, pero su naturaleza dominante pronto lo alejó de ella; además, sus poderes como hipnotizadora le asustaban, ya que podía

encantar serpientes y llevaba a cabo ritos místicos vergonzosos a ojos de Filipo. Podemos decir que la reina no estaba del todo en sus cabales. Poco después del nacimiento de Alejandro, a mediados del verano de 356 a.C., Olimpia casi convence a su marido de que él no era el padre del niño. Insistía en que el verdadero padre era un dios. Este dios, decía, era Amón, o Zeus-Amón, el cual tenía poderes místicos de fertilidad y manifestaba su presencia mediante el envío de rayos y de estrellas fugaces desde el cielo.

Durante la infancia de Alejandro, Olimpia le transmitió su fascinación por la magia y, a muy temprana edad, le instruyó para llevar a cabo ritos místicos. Lo que quizás deseara Olimpia más que cualquier otra cosa era que Alejandro se pareciera lo menos posible a su padre Filipo, ya que luchó por borrar todas las cosas que pudiera haber heredado de él o en las que pudiera haber estado influenciado.

Olimpia no parecía darse cuenta —o no quería darse cuenta— de que su marido era un extraordinario estratega militar y un perspicaz político que estaba intentando dominar toda Grecia. Debido a su egoísmo y a su temperamento irascible, Olimpia solo podía ver las faltas de Filipo: que bebía demasiado y que se enfadaba con facilidad, que era descuidado con el dinero y que se enamoraba continuamente de otras mujeres.

De manera inevitable, las diferencias entre Filipo y Olimpia provocaron mucha tensión en Alejandro, que no podía agrandar a uno sin molestar al otro. Desde temprana edad, fue puesto bajo la tutela de un pariente llamado Leónidas. Leónidas, un familiar cercano de Olimpia, fue serio en su disciplina para con el joven príncipe

Breve historia de Alejandro Magno



Retrato de Filipo II de Macedonia
en una medalla de la victoria del siglo II a.C.

y, por ejemplo, no le permitía acceder a la rica comida que se servía en palacio. Muchos años después, según la crónica de Plutarco, Alejandro recordaría que Leónidas le enseñó la mejor dieta posible: “un paseo nocturno que te prepare para el desayuno y un desayuno moderado para abrir el apetito para la comida”. Leónidas intentó contener el carácter demasiado instintivo de Alejandro y le entrenó para que tuviera un excelente manejo de la espada y para que fuera un magnífico atleta en montar a caballo, correr, cazar y en todos los juegos competitivos.

La valentía de Alejandro así como su capacidad de observación fueron evidentes desde que era niño. Plutarco describe un incidente en el que Alejandro, a la edad de doce años, consiguió domar a Bucéfalo, el semental negro. Filippo había planeado comprar el caballo pero cambió de idea debido a que la criatura parecía demasiado malintencionada e incontrolable. Cuando Bucéfalo fue apartado, Filippo escuchó cómo su hijo comentaba que se estaba perdiendo un excelente caballo por tratarlo con una evidente falta de habilidad y de audacia. Filippo le preguntó sarcásticamente a Alejandro si pensaba que sabía más sobre caballos que sus mayores a lo cual el niño replicó: “Podría manejar a este caballo mejor que otros”. Filippo consideró su afirmación como un reto y apostó el precio del caballo a que el niño no podría mantener su presunción.

Alejandro tomó cautelosamente la brida de Bucéfalo y dirigió al animal hacia el sol. Había observado que Bucéfalo se asustaba con los movimientos de su propia sombra. Así, con su sombra detrás, el caballo se calmó y Alejandro lo montó y condujo las riendas con cuidado. Entonces, cuando tuvo al caballo completamente

dominado, Alejandro le urgió para que galopara. Plutarco dice que cuando Alejandro domó finalmente a Bucéfalo: “su padre, vertiendo lágrimas de alegría, le besó mientras descendía de su caballo”. Filipo compró a Bucéfalo para su hijo y, después de aquello, Alejandro fue la única persona que lo montó.

En una época de excelentes jinetes, Alejandro fue educado para destacarse entre ellos. Normalmente se olvida que en aquella época la mayoría de la gente montaba a caballo. De hecho, la silla de montar no se introdujo hasta el siglo IV a.C. y los escritos que se conservan no mencionan los estribos hasta el siglo VI. Alejandro era igual de hábil como conductor de carros y con frecuencia practicaba saltando desde el carro al suelo a toda velocidad.

Aunque Filipo estaba contento con el valor y la fuerza física de Alejandro, también era consciente de que la sabiduría es tan importante como el coraje en alguien que está destinado a ser rey. Por ello, cuando Alejandro tenía trece años, Filipo decidió que necesitaba un nuevo tutor. Ciertamente, el rey no deseaba confiar la escolaridad de su hijo a un profesor corriente y algunos historiadores especulan sobre que Filipo temía una influencia excesiva de Leónidas el cual era, después de todo, pariente de Olimpia. Sea como fuere, Filipo ordenó traer a Aristóteles, el hombre más sabio de Grecia, para que fuera el tutor de Alejandro.

Aristóteles, cuya fama ha perdurado tanto como la de su real pupilo, era un hombre práctico y mundano. Como intelectual no tenía igual. Fue el alumno más aventajado de Platón y se cree que escribió entre cuatrocientos y un millar de libros. Su apariencia no era muy distinguida:



Alejandro Magno recibiendo educación de Aristóteles. El filósofo estimuló la curiosidad de Alejandro sobre el mundo natural y su geografía. Le inclinó también a valorar los escritos de Homero.

era pequeño y delgado y sus hundidos ojos miraban fija y profundamente por debajo de su arrugada frente.

En sus escritos, Aristóteles buscaba comprender la totalidad de las experiencias humanas y de los fenómenos naturales. Investigó duramente y formuló una nueva ciencia lógica. También fue el primer gran físico. Sus descubrimientos en física y en biología, por ejemplo, permanecieron inalterables durante mil años.

Entre sus mayores logros en la educación de Alejandro está haber enseñado al niño a pensar de forma lógica. Estimuló la curiosidad de Alejandro sobre el mundo natural y su desconocida geografía y sembró en él un amor de por vida hacia los escritos de Homero, el gran poeta griego. Sin embargo, Aristóteles no podía borrar por completo la influencia de Olimpia y Alejandro continuó siendo testarudo, supersticioso y tremendamente emocional.

Breve historia de Alejandro Magno



Como hijo de una aristocracia guerrera recibió formación militar y, desde joven, destacó por su fuerza, destreza y valor, como ilustra la conocida anécdota de la doma de Bucéfalo, narrada por Plutarco. El caballo le acompañaría en sus conquistas y cuando fuera herido y muriera en una de sus últimas batallas, Alejandro fundaría en su honor la ciudad de Bucefalia. En la imagen, *La doma de Bucéfalo*, tal como la imaginó André Castaigne.

Aristóteles solo fue tutor de Alejandro durante tres años. Al final de este periodo, cuando el niño tenía dieciséis años, los sonidos de la batalla y su propia ambición e impaciencia comenzaron a llevarle a otra etapa de su historia. Filipo deseaba que Alejandro aprendiera las técnicas de la guerra sirviendo en el ejército y el joven príncipe pronto demostró una extraordinaria aptitud para la guerra. Después, Filipo quiso que aprendiera sobre la administración de Macedonia y lo dejó en Pela, la capital del reino, cuando él partió para luchar contra los bizantinos. Alejandro gobernó el país con gran eficiencia en ausencia de su padre e incluso sofocó una revuelta de los tracios.

Por último, se reunió con el ejército —esta vez como comandante— justo antes de la batalla de Queronea.

Después de la gran victoria macedonia, en la cual había jugado un papel tan importante, Alejandro consideró que su juventud había terminado. Su carácter se había formado por las influencias tanto de su mística madre como de su guerrero padre, tanto por la rigidez de Leónidas como por la racionalidad de Aristóteles. Y en el momento en que se dirigió a Atenas como embajador de su padre, quizás ya había asumido lo que su madre le había susurrado: que era hijo de dioses, no un mortal como los demás.

Nadie sabe con certeza si Alejandro compartía la creencia de su madre, así como nadie conoce si realmente creía que era un dios. Pero, cuando cabalgó hacia Atenas montado sobre su caballo negro, hay suficientes razones para creer que él pensaba que estaba llamado para la grandeza, como realmente así fue.